

Altísimo crió de la tierra la medicina; y por eso ningún hombre discreto la desechará ni tendrá en poco. Fuera desto, es grande delante de Dios el premio de los enfermeros, que con caridad y cuidado curan á los enfermos y miserables. Y el mismo Señor nos tiene avisado que el cargo que el día de la cuenta se ha de hacer á los buenos y malos, que han de ser juzgados, es si visitaron á los enfermos y encarcelados, etc. Así que, no quiere Dios que nos sacudamos del todo de las tribulaciones, ni que le pidamos favor para eso, que él sabe lo que conviene al atribulado; sino que las padezcamos y suframos, renunciando nuestro regalo y contento en su santa voluntad, esperando y confiando en su ayuda y favor, y no salgamos dellas hasta que su santa voluntad nos saque; lo cual fué figurado en el arca de Noé cuando, estando dentro ya sus siervos, cerró por defuera, significándoles que no habian de salir de allí sino por su mano y su voluntad; y así como el arca, aunque por una parte significaba el estado seguro de los justos, pero por otra era figura de sus trabajos, por la angostura y nueva manera de vivir que allí se tenía; y así, el cerrar por de fuera significaba que de los trabajos y aflicciones hemos de salir por mano de Dios cuando fuere su voluntad, y á esto ha de estar ofrecido el corazón del afligido. Como también mandó el ángel al santo Josef que llevase el niño Jesus huyendo á Egipto, tierra extraña y bárbara, y que estuviese allí hasta que del cielo le fuese mandada otra cosa. Y san Lucas dice que, acabadas todas las tentaciones del desierto, se volvió el Señor á Galilea por virtud del Espíritu Santo, como había venido á él guiado del mismo Espíritu, porque por su mano tenemos de entrar y salir en los trabajos; tesoro tan importante, pues él tiene la llave para entrar y salir en ellos, no obstante que, para salir de algun trabajo, no es vedado poner los medios lícitos con la preparacion dicha, cuando no se conoce voluntad de Dios en contrario; la cual entonces se conoce cuando en los tales medios se atraviesa alguna ofensa de Dios; en lo cual se aventajan los mas perfectos, cuando aunque no haya la tal ofensa, aun sufren y esperan la poderosa mano del que á su tiempo y sazón, y cuando mas es gloria suya, confían los librar de su trabajo. Así que, en el entre tanto que de una ó de otra manera el tiempo dura del padecer, necesaria es al siervo de Dios la paciencia y cristiano sufrimiento.

Por otra parte, se dicen las cosas ser necesarias cuando lo son para el fin que el hombre pretende; como se dice ser necesario el navío para pasar en Indias, y la purga ó sangría para la salud; el cual fin, como no sea otro en la vida de los hombres sino la bienaventuranza, claro se sigue ser necesaria la paciencia para alcanzarle, pues el Señor, que es el dador della, la tiene librada en la paciencia, cuando dice á sus discípulos: En vuestra paciencia poseeréis vuestras almas ó vidas, como lo entienden comunmente los doctores santos; porque, aun los que por nombre de paciencia entienden en aquel lugar la perseverancia, no es ajeno sentido del de los demás, pues la perseverancia en esta miserable vida (la cual no puede pasarse sin muchos trabajos) no puede alcanzarse sin la paciencia cristiana, con que todos se padezcan. Esta libranza del Señor declaró un poco mas

san Pablo cuando dijo: Mirad que teneis necesidad de paciencia para llevar el fruto de la repromision de Dios, haciendo su voluntad. Para declaracion destas palabras y de toda esta doctrina será necesario entender que la vida eterna se ha de conquistar con obras penales y trabajosas. Lo primero, porque han de ser obras de virtud, la cual de su condicion, dice aun Aristóteles que pelea contra cosas difíciles y arduas; y por esta razon no se pone en el ánimo virtud para obrar las obras que la naturaleza nos inclina, porque en esas ni hay que vencer ni qué padecer ni pelear; como para criar los hijos, amarlos á ellos y á los padres, y á nosotros mismos con amor natural (aunque para amarlos en Dios y por Dios, que ya pone alguna dificultad, sirve la virtud altísima de la caridad); y por eso dijo Séneca: Ninguna ley nos manda amar á los padres ni tener cuidado de los hijos, que sería por demás compelernos á lo que por la naturaleza nos vamos; ninguno se ha de amonestar que se tenga amor á sí mismo, pues le trae consigo desde que nace, cosido al corazón. Hasta aquí Séneca. Así que, la virtud solo se pone en el alma para facilitarla, venciendo la dificultad de aquellas obras de que huye la flaqueza de nuestra naturaleza; para lo cual, entre tanto que se acomete y vence la tal dificultad, es la paciencia en toda obra de virtud necesaria. Y esta es la razon por que el bienaventurado san Juan Crisóstomo la llama madre ó madrina de todas las virtudes, porque sin su ayuda no puede ninguna dellas alcanzar su fin; y Tertuliano dice que sin ella no hay mandamiento guardado. Y por esa misma razon es comparada la paciencia al pan respecto de los demás manjares que sustentan el cuerpo; porque, así como ellos por sí son buenos, pero no hacen bien el sustento del hombre sin pan, de manera que para que sustente la fruta es necesario pan y fruta, y para que la verdura, pan y verdura, y para que la carne, pan y carne, y así los demás manjares; así las virtudes, aunque de sí son buenas y sustentan el alma, pero su pan es la paciencia, que para ser templado es menester templanza y paciencia; para ser justo, justicia y paciencia; y así en las demás virtudes.

Pero, levantando mas el pensamiento de lo que Aristóteles, Séneca y otros filósofos alcanzaron, y levantando juntamente el ser desas mismas virtudes al mérito de la vida eterna, se conoce mas distinta y claramente la necesidad de la paciencia en quien está librada. Lo primero, esta celestial bienaventuranza es un don de Dios, ni conocido ni proporcionado con nuestra naturaleza, sino sobrenatural y divino; comienza aquí por la gracia, que es un don que nos hace semejantes á Dios, sacándonos y como desnaturalizándonos de la vida y condiciones que de nuestros padres heredamos; lo cual dijo el evangelista san Juan en aquellas palabras que por virtud de aquel altísimo misterio de Dios Hombre se dió á los hombres poder y licencia para ser hijos de Dios si creyesen en su santo nombre, y borrada y olvidada la generacion natural de carne y sangre, naciesen de solo Dios. Esto es, no que pueda ser que no hayamos nacido de padres carnales, trayendo la decendencia del primero, sino que, naciendo de Dios por el bautismo y gracia que en él se da, de tal arte se rematen cuentas con el nacimiento primero, que neguemos inclinacio-

nes, deseos de la carne y otras cosas que del nacimiento della se nos pegaron, que no parezca que nacimos della, sino de solo Dios. Así que, para alcanzar y merecer gloria sobrenatural, la vida ha de ser sobrenatural. A lo cual, añadiendo que la vida del espíritu y la de la carne son perpetuas enemigas y contrarias, es imposible ganar la una sin echar la otra de casa; así como quien de un establo quisiese edificar un palacio dorado es necesario primero echar del todo el estiércol, telarañas y basuras; así el que de su corazón carnal y lleno de pecados y vilezas quiere hacer templo de Dios, es necesario primero limpiarle de las inmundicias y malezas, y echar de allí todas las fieras y otros animales asquerosos y ponzoñosos y derribar las paredes, lo cual no se puede hacer sin grandes gastos y trabajos; porque primeramente se ha de desterrar de allí el amor propio, que con nosotros nace fuertemente cosido, los deseos y apetitos que deste amor mesmo tienen su nacimiento; hase de afligir y enflaquecer el cuerpo, porque no se engría contra el espíritu y le derribe de su silla, mortificarse los deleites de los sentidos, enfrenarse la lengua, reprimirse la libertad de los ojos, ponerse guarda al corazón, evitarse y huirse las ocasiones del mal, apartar las malas compañías, continuarse la oracion, en que siempre pidamos con instancia la divina gracia y favor; finalmente, se han de mortificar todas las inclinaciones y domarse esta fiera de nuestra carne.

Pues ya, si se ha hecho fuerte en el mal con la costumbre de algunos días ó años, con esta se dobla la pelea, pues es ya contra dos enemigos. Pues ¿qué trabajo será necesario para salir con vitoria de semejante pelea? Por esto decia san Pablo: Hermanos, no nos liagamos flojos y para poco, sino imitemos á los que con fe y paciencia han de heredar la gloria prometida. Por lo mesmo dicen los buenos en el salmo: Señor, pasamos por fuegos y aguas cuando nos guiabas al refrigerio y descanso. Por eso se dice el reino de los cielos que ha de ganarse á fuerza de armas; y que no tendrá corona sino el que pelear conforme á la ley. Por eso se dice á los mártires que piden venganza en el *Apocalipsi* de sus matadores, que aguarden un poco, hasta que sea cumplido el número de sus hermanos, que son los predestinados, los cuales no han de ser todos mártires; sino para dar á entender esta perpetua muerte y martirio que padecen, para ganar la gloria los que para ella están predestinados; el cual dió á entender san Pablo cuando dijo que los que son del bando de Cristo traen crucificada su carne con los vicios y concupiscencias. Y porque esta cruz de los buenos se ha de padecer á imitacion del Redentor, que padeció la suya para nuestro ejemplo y doctrina, se entienden de aquí aquellas palabras que él dijo á sus discípulos algunas veces, especialmente después de su santa resurreccion; convenia que Cristo padeciese y así entrase en su gloria, reprehendiendo á veces ásperamente á los que trataban ó pensaban estorbarle su pasión. La razon era porque, no solo padecia para hacer pagada y satisfecha la justicia del Padre por nuestros pecados, sino para guiarnos también al cielo por su ejemplo y doctrina; el cual camino, como forzosamente se haya de andar por las virtudes, como por pasos de escalera ásperos y dificultosos,

padeciendo y venciendo sus dificultades, convino que Cristo así padeciese y fuese delante, enseñando y allanando el camino de los trabajos, sin los cuales no hay virtud ni guarda de mandamientos.

Pues si así es que nuestra naturaleza quedó tan sujeta y pechera á trabajos de dentro y de fuera ocasionados, si con ser Dios tan piadoso y misericordioso no quiere todas veces, pudiendo librarnos dellos, porque conviene así para nuestro bien y para ganar la gloria, de que san Pablo dice que todos tenemos necesidad; claro queda cuánta tenemos de proveernos y apercebarnos de paciencia, para poder llevar con nuestras pocas fuerzas los que nos vinieren, mayormente siendo tan ordinarios, que apenas se van ó se alivian unos cuando vienen otros, especialmente á los que procuran andar por el camino de la virtud, de la cual se dice que aborrece á los holgazanes, por refran entre los filósofos. Y san Bernardo se rie de la esposa que buscaba al esposo en el regalo de la cama; y así, viene á decir ella que le buscó y no le halló, y después de haber trabajado en buscarle y padecido muchas contradicciones, le vino á hallar.

DISCURSO II.

De dos maneras que hay de paciencia, y cuál es la cristiana.

No todo sufrimiento de los que tienen imágen de paciencia y nombre della es necesario, porque muchos son paciencias vanas e impertinentes. San Agustín enseña dos maneras de paciencias, á imitacion de las dos de sabidurias que Santiago pone en su *Canónica*: una celestial, otra terrena, animal y diabólica: así la paciencia, que es parte de la sabiduria, admite esta division, y san Agustín la pone; porque para todas sus pretensiones tienen los hombres mundanos paciencia increíble en grandes trabajos y contrariedades. San Agustín dice allí que pongamos los ojos en los que los hombres padecen por lo que vana y viciosamente aman; los cuales, cuanto por mas dichosos se tienen en alcanzarlas, tanto mas infelices son en desearlas. ¿Cuántas son las cosas que sufren por las falsas riquezas? Cuántas por las honras vanas? Cuántas por los deleites sucios, aunque molestas y peligrosas? Vemos á los codiciosos de riquezas, por alcanzar lo que desean y conservar lo que alcanzaron, sufrir porfiadamente (no forzados con necesidad, sino por su culpada y mala voluntad) soles, lluvias, hielos, nieves, ondas, tempestades, trabajos de guerras dudosas, golpes, heridas, destierros y otros trabajos, que es bien que aquí se pongan mas particularizados, y se diga su paciencia para confusion de la poca que los cristianos tenemos en los pequeños, que pide la pretension de tan inestimables bienes como nos esperan. No puede decirse lo que un hombre pasa cuando ve los oidores, alcaldes, presidentes, obispos, inquisidores y otros perlados y magistrados encumbrados en la terrena felicidad, y pretende alcanzar alguno destes oficios, plazas ó dignidades. La pobreza que en el estudio pasa, el encerrarse en la universidad, el velar y trasnochar, la pretension del colegio, el cuidado y congoja del cumplir con las obligaciones de los actos y ejercicios, y de salir dellas con opinion; los gastos en los grados, los que se hacen en la corte, las malas res-

puestas de los que proveen estas cosas, el mal tratamiento de los criados y oficiales, las malas comidas y peores camas, los gastos de las posadas, el esperar meses y años, la perpetua congoja del mejorarse, mayormente cuando sus iguales en estudios ó sus contreráneos los dejan muy atrás, esta, paciencia es y gran sufrimiento, pero mundana.

Pues ¿qué diremos del que pretende ser rico? Qué no aventura por salir con esta pretension? Lo menos que hace es lo que en el camino del cielo mas espanta, que es dejar su tierra, padre y madre y hermanos, y despedirse dellos como para morir. Cuando hace viaje para Indias gasta su caudal en fletes, carguíos y matalotajes, pónese al manifiesto peligro de la navegacion de dos ó tres mil leguas de mar peligroso, encomendado á los vientos y á un triste navío, dos dedos de la muerte, que no tiene mas de grueso la tabla dél, con perpetuo mal olor y peor mantenimiento, bebiendo el agua tapadas las narices, durmiendo sin cama y en continuo sobresalto. Pues ya llegado á Indias, tierra de bárbaros, lo que se pasa y se trabaja, ellos lo digan, que lo saben, y si dicen. Pues cuando vuelven de tan largo destierro, digan lo que pasan hasta asegurar en su casa dos reales que traen. Dejo los escrúpulos de conciencia, la inquietud del alma, los ímpetus de la codicia con que viven desde la hora que al viaje se determinan hasta que le acaban. Y juntado con esto, que es cifra oírlo para lo que es el padecerlo, gran sufrimiento y paciencia es, pero mundana.

Pues el que sirve á un señor, ¿con cuánto trabajo, mal tratamiento, mala comida, sin sosiego, sin dormir, las reprehensiones y molinas ordinarias, las descortésias y quemazones y otras pesadumbres, por pretension de una corta merced ó beneficio eclesiástico? La misma cuenta corre del que para salir con un pleito sale de su casa, vendida su hacienda, desamparada su casa, mujer y hijos y sosiego, sujetándose al tratamiento que el oidor, alcalde, secretario y otros oficiales le quisieren hacer, y á la sentencia, buena ó mala, que por ignorancia ó malicia de alguno le cupiere. Y la misma del que por codicia de un poco de honra y un escudo de armas gasta su mocedad en guerras; pero al fin, como el bienaventurado san Agustin dice, semejantes paciencias y sufrimientos, no solo escapan la murmuracion y reprehension del pueblo, pero aun suelen ser aprobadas y alabadas dél y de las leyes permitidas. Pues estos vicios de ambicion y avaricia, juegos y pasatiempos, cuando no son causa de ofensa de las leyes divinas ni humanas, no suelen ser reprehendidas, antes estimadas. Pero ¿qué diremos de un carnal? Qué congojas padece en sus torpes pretensiones, qué peligros, qué deshonoras, qué remordimientos de conciencias, qué malos dias, qué peores noches, qué sobresaltos, qué gastos y perdiciones de su casa? Paciencia es menester; pero esta, que es para pecar, no es solo mundana, sino diabólica y infernal; como lo es tambien la que tiene el vengativo y el miserable del hereje, que por su sola porfia, ayudado ó engañado del demonio, se deja quemar y atenazar vivo. ¿Qué puede llegar á esta paciencia ó pertinacia? ¿Cuánta mas es la que tiene el que, persuadido del demonio, tiene sufrimiento

para poner en su propia persona las manos, como nota el bienaventurado san Juan Crisóstomo. Esta es la paciencia que Tertuliano, capítulo 16 *De patientia*, dice: Que el demonio inventó la suya á imitacion de la de Dios, para que los suyos no desmayasen en sus vanidades.

Destas paciencias semejantes dice el bienaventurado san Agustin que en ellas no hay que imitar, sino que admirarnos; antes dice que en ellas no hay paciencia de que maravillarnos ni que imitemos; porque ninguna hay, sino una dureza digna de admiracion y no de alabanza; para lo cual alega lo que padecia de hambre, calor, frio, ayunos, etc., un parricida de su patria, notando á Catilina, de quien Salustio habla copiosamente al principio de su *Catilinario*, que por su dañada pretension padeció mucha hambre, sed, frios, calores, trasnochadas increíbles y otros trabajos. Trae tambien este santo doctor á este propósito lo que unos ladrones de su tiempo padecian de frios y serenos, y otras mil inclemencias del cielo, pasando las noches sin dormir; y de algunos dellos dice que usaban atormentarse los unos á los otros con tormentos de cuerda y los demás que suelen los jueces usar cuando quieren descubrir la verdad de los delitos, á fin de que cuando viniesen á manos de los mismos jueces no les compeliere el dolor de los tormentos á descubrirse unos á otros, ni sus delitos. Y dice allí este santo doctor que muchas veces eran mayores los tormentos en que se ejercitaban y ensayaban, que los que después de mano de los jueces padecian. Esta paciencia (dice el mismo) no es paciencia, ni loable el que la tiene; antes es mas digno de castigo, cuanto mas mal usa del instrumento de la virtud. Semejante es á esta sentencia la que Agesilao, rey de Lacedemonia, dijo, oyendo decir que un malhechor, hombre malvado y facinoroso, habia sufrido con esfuerzo los tormentos, diciendo: ¡Oh cuán miserable es el hombre que emplea la paciencia y sufrimiento en cosas torpes y malas! Lo cual cuenta Plutarco en las *Apophthegmas lacónicas*; el cual añade, declarando las palabras: Doliáse al bueno y valiente capitán que tanta fuerza y valentía de ánimo, y el valor de la naturaleza, se gastase en cosa torpe; la cual, ofrecida y empleada en cosas honestas, pudiera ser de mucha importancia á la república. Y concluye san Agustin diciendo: Pues cuando vieres á alguno padecer algun trabajo con sufrimiento, no luego has de alabar su paciencia, porque no le da esta nombre sino la causa del padecer; y á esta cuenta, la paciencia por cosas del mundo es paciencia vana, como él y sus cosas lo son, aunque á veces el mundo la alabe. Y á esta misma cuenta, la que tuviere por fin al pecado, es paciencia diabólica, infernal, pues su fin es infierno.

De lo dicho se entiende qué cosa sea paciencia cristiana, que es el propio sugeto deste libro; la cual define san Agustin diciendo que la paciencia es un sufrimiento con que sufrimos con buen ánimo los males por no perder los bienes que nos acarrear otros mejores; que es decir en suma, una virtud con que sufrimos toda adversidad por amor de Dios y de la vida eterna; así que, el fin ó causa de la paciencia cristiana es Dios y la vida eterna, en que de los demás sufrimientos dichos

se distingue; la cual dió á entender el bienaventurado apóstol y evangelista san Juan en aquellas palabras con que comienza la narracion de su libro del *Apocalipsi*, cuando dice: «Yo, Juan, vuestro hermano y particionero en las tribulaciones, y ciudadano del mismo reino y en la paciencia en Cristo Jesús, esto es por Cristo, que esta es la paciencia apostólica y cristiana, cuando por él y por su amor se padece el trabajo y adversidad; porque las demás, cuando son por amor del mundo, son mundanas; así cristiana cuando es por el de Cristo.»

De lo que en este discurso queda dicho colige san Agustin con cuánta razon hemos de tener esta paciencia en las adversidades; porque, si por cosas vanas, si por las sensuales y torpes, y por pecados y feos ofensas de Dios, y por la salud y vida temporal, padecen á veces los hombres de gana cosas increíbles y horrendas, estos mesmos nos enseñan cuán grandes cosas es justo sufrir por la buena vida, y por hacerla después eterna y segura, sin término ni detrimentos de cosa buena. El Señor (dice este santo) dijo: En vuestra paciencia poseeréis vuestras almas; no dijo vuestras haciendas, ni vuestras villas, ni vuestras locuras ni alabanzas vanas; ni dijo poseeréis vuestras lujurias, sino vuestras ánimas. Pues si tantas cosas padece un alma por alcanzar por donde perezca y se pierda, ¿cuánto debe sufrir por no perecer y perderse? Y porque hablemos de lo que no es culpable, si tanto sufre uno por la salud de su carne entre las manos del médico y cirujano, que le están haciendo tajadas y abrasándole con fuegos y cauterios, ¿cuánto debe sufrir entre la furia de sus enemigos, que asisten á cuerpo y alma amenazando al cuerpo? Y los médicos tratan de la salud del cuerpo con tormentos y penas del mismo cuerpo. Quiere decir el santo, que con poco trabajo, bien sufrido por la vida eterna, la alcanzamos para cuerpo y alma, padeciendo otros muchos por la incierta y breve salud del cuerpo.

En conclusion, la diferencia destas dos paciencias consiste en el fin por el cual se tienen, porque ambas comunican en el nombre de paciencia (aunque la mundana, segun san Agustin dice, no le merece, y menos la diabólica); solo difieren en el fin, por el cual el trabajo se padece. Pues ¿qué locura es, habiendo de padecer sin excusarse esto, no escoger el fin, que es Dios, y no dejar los mundanos y vanos fines? El profeta Esaías dice que los que esperan en Dios mudarán la fortaleza: quiere decir que la que tenían para sufrir por lo temporal y vano tendrán para sufrir por Dios, que es mudar paciencia mundana por cristiana; y así, se ve cuando un pecador se convierte, que el ánimo que antes tenia para vanidades y ofensas de Dios, le cobra para las obras de virtud; y por el contrario, el temor y flaqueza que para la virtud tenia, le muda para las cosas del mundo. San Ambrosio dice que el elefante, que con ser animal tan robusto y de tanta fortaleza, que sufre á cuestras un castillo de hombres armados y se tiene con un ejército entero, no temiendo la artillería ni otros instrumentos depantosos de guerra, al cabo teme un raton, y da cuando le ve mil bramidos; así los hombres, que no temen ni se espantan de trabajos increíbles y espantables, se espantan de un ayuno y una confesion y un perdonar de una injuria. Pero cuando á Dios se convierten,

mudan esta fortaleza que tenían para el mal ó la vanidad, y la cobran para el bien. Y esto es decir que la paciencia ó fortaleza diabólica ó mundana la mudan en cristiana. ¡Oh cuánta razon tiene Dios de quejarse de la mala condicion del cristiano, que por poco interés sufre tan malos tratamientos como cada hora del demonio recibe, y del mundo y de su carne, con tanta disimulacion, que no acaba el mundo de desengañarse, y de la mano del Señor poderoso, en la cual está toda nuestra vida y felicidad, apenas puede sufrir un pequeño trabajo! Acaece á una mujer sujeta á sus pasiones sensuales, y por ellas á algun hombre como ella perdido, que porque él la vió á una ventana ó por otra liviana ocasion padece muchos golpes, coces y puñadas, hasta salir señalada en el rostro, con tanta disimulacion y sufrimiento, que, aun preguntada de su madre, no declara ni descubre lo que ha pasado, fingiendo alguna caída ó enfermedad; y si acaso su marido, con ser el dueño y señor de su cuerpo, á quien ella tiene natural y conyugal sujecion, aun habiendo justa razon le da un papirorote ó le dice alguna palabrita desabrida, falta el sufrimiento, levántase de la mesa, alborota la casa y vecindad, que no estará una hora con aquel hombre; que se llame al provisor, que se trate de divorcio, sin haber remedio de apaciguarla. Desta suerte nos habemos con Dios, Señor de la vida y de la muerte, á quien tenemos natural sujecion; que, sufriendo, como sufrimos, el continuo mal tratamiento del demonio, mundo y carne, con quien andamos amancebados, que, si bien se mira, no hay hora que no recibamos mil trabajos y turbaciones por su ocasion, teniendo puestos los ojos en un liviano interes, que el demonio procura que sea corto, por el cual nos pisa la boca y cada credo nos pone á peligro de honra y vida; no hay cosa buena en nosotros ni querida en que no nos lastime, ya en la salud, ya en la honra, ya en la hacienda, ya en el desasosiego de los padres naturales, ya en el recibir de los sacramentos, sin sueño, sin reposo ni quietud; y de todo no hacemos caso, todo nos parece poco á trueque de no perder su miserable amistad y los vanos y sucios intereses que della se nos siguen; y si acaso Dios, que es Señor de nuestro cuerpo, alma y vida, con justas causas y por nuestro bien y interes nos envía una tribulacion, por pequeña que sea, luego nos alborotamos, luego son las quejas, lágrimas y el sacudirnos de amistad tan pesada como la suya nos parece; tenemos su ley por pesadísima, siendo, aunque yugo, suave, manso y dulce. Sufriendo tan continua y pesada vida (si vida puede llamarse) como la que nuestros enemigos nos dan, de quien dice el profeta Jeremías: Serviréis á los dioses ajenos, los cuales no os darán un punto de descanso de dia ni de noche; lo cual al cabo confiesan en el infierno los malos cuando dicen: Anduvimos caminos dificultosos, llenos de cuestras y barrancos, porque el demonio, y por el consiguiente el mundo, son regatones con el triste y miserable hombre; que si pudiesen, con menos deleite y con mas tormento le tratarian, si con eso pudiesen hacer que pecase; pero el hombre miserable cobra ánimo y fuerzas para sufrir su mal tratamiento, y piérdelas para sufrir los pequeños trabajos que para su bien le envía Dios; el cual por su misericordia sea servido de trocarlos esta

fortaleza y darnos su favor y gracia, para que los trabajos que para nuestra salud nos envía suframos con paciencia cristiana por su nombre, y para los que con engaño de nuestros enemigos padecemos nos abra los ojos para sentir cuán grandes y perjudiciales son á nuestra salud, que será trocar la paciencia y fortaleza mundana por la cristiana.

DISCURSO III.

De las excelencias y prerogativas de la paciencia.

Muchos dias he dilatado la prosecucion deste librito, por verme como azolado y embarazado pensando por dónde comenzaria las excelencias desta virtud, que á este capítulo caben (tantas son y tan admirables); hasta que por cumplir con este orden, y excusar de pesadumbre á los lectores, me pareció poner en él algunas sumariamente, remitiéndolos á las que, leyendo con atención, podrán ir por sí sacando del discurso de todo el libro; y para cumplir con el título deste discurso, bien se satisficiera con una excelencia que san Agustín pone, comenzando della y contentándose con ella, y es, que basta tener Dios esta virtud; lo cual, como él mismo brevemente declara, se ha entender al sentido que en Dios ponemos ira, enojo, cólera, arrepentimiento; cuyos efectos se entienden tener, sin tener nuestras pasiones, cuyos son estos nombres; como declara Crisóstomo, que por nuestro provecho habla como nosotros hablamos; que nos acomodamos con el bárbaro á hablar como bárbaros, y con el niño como niños, y fingimos por su provecho que nos mordemos las manos para mostrar ira, aunque no la tengamos, sino porque ellos la merecen; así, sin tener Dios pasión ni padecer trabajo, espera los pecadores que hagan penitencia, como adelante se dirá. De manera que, así como el Redentor nos persuade al amor de los enemigos con esta razón, Porque nos parezcamos á nuestro Padre celestial, que envía su sol y sus temporales para el bien y sustento de sus enemigos y ofensores; así esta razón había de bastar á hacernos muy mansos y sufridos, porque nos parezcamos á nuestro Padre y Señor en la paciencia, aunque la suya es tan inmensa y grande, que, por mucha que tengamos, con infinitas leguas, no podremos llegar á igualar con lo que él nos sufre; pero desto adelante se tratará mas de propósito.

La misma pone por primera excelencia san Cipriano. Pero una de las grandes que aquí podemos poner desta virtud, es que en parte no hay dignidad criada en el cielo ni en la tierra que se iguale con el padecer por el hombre y amor de Dios, á que las ánimas y ángeles bienaventurados, si fueran capaces de envidia, la tuvieran muy grande á los hombres que vivimos en carne pasible, solo de que podemos en ella gozar desta tan alta dignidad y excelencia. El apóstol san Pablo la dió á entender en que, habiendo, para autorizar su doctrina, puesto siempre al principio de sus cartas la dignidad de apóstol, diciendo, Paulo, apóstol de Jesucristo, etc., calló en viéndose en cadenas el título de apóstol, y puso el de preso y encadenado; como suelen hacer los hombres que crecen en dignidades y excelencias, que crecen también en títulos, usando de los mayores y callan-

do los menores. Y así, dice en la carta que escribió á Filemon: Paulo, preso y encadenado de Jesucristo; donde parece haber hallado algo en las cadenas muy alto y muy excelente con el apostolado; lo cual, por ser lenguaje que los hombres, amigos de cosas temporales y favores del mundo, enemigos de trabajos y deshonras, no acaban de entender, no quiero yo proseguir á probarlo con mis razones, sino con las del bienaventurado san Juan Crisóstomo, que, alumbrado del espíritu de verdad sobre aquellas palabras que el Apóstol dice á los de Efeso: Ruégoos yo, preso en el Señor; dice las que se siguen: Estar preso y atado por Cristo, cosa es mas ilustre que ser apóstol. Si hay alguno que ame de veras á Cristo, ese entenderá lo que digo. El que en el amor de Cristo se abraza, y á manera de decir pierde el seso de amor y desatina, ese entenderá la virtud de las cadenas. Este tal, cuando le dieran á escoger, tendrá por mejor suerte sufrir las cadenas por Cristo que morar en los cielos con Cristo; esto es quizá también mas ilustre cosa que estar sentado á su diestra, mas honesto que sentarse en una de las doce sillas. Esta virtud, cuando no tuviera otro premio, este lo es muy grande, padecer estos males por su amado. Y si quieres (dice el santo) saber lo que de mí siento, es que si alguno me diese á escoger una de dos, ó todo el cielo ó esta cadena, sin duda esta escogería; y mas: si fuese necesario estar ó en el cielo con los ángeles, ó en la cárcel preso con san Pablo, sin duda esto desearía; y aun si me pusiesen en el número de los espíritus celestiales, sin duda escogería antes estar encadenado. No se engañe nadie, que no hay cosa mas gloriosa y bienaventurada que esta cadena. No lo es tanto san Pablo por haber sido arrebatado al tercero cielo como por haberlo sido á las cadenas. No lo fué tanto por haber oído secretos inefables, cuanto en haber sufrido con paciencia las prisiones y cepos; y que él lo haya sentido así, mirad lo que dice: Yo os amonesto, hermanos; no dice, yo, que fui arrebatado al tercero cielo, ni yo, que oí palabras inefables, etc. Pues ¿qué dice? Amonéstooos yo, encadenado en el Señor. ¡Oh bienaventuradas cadenas! Oh dichas manos, cuyas galas fueron aquellas cadenas! No estaban tan hermosas las manos de Pablo cuando levantaban en Listris sano al cojo, como cuando estaban con las sogas y cadenas atadas. Si mucho te espanta, Pablo, cuando sus manos mordidas de la víbora no reciben detrimento, no te maravilles que tuvo la víbora miedo á las cadenas; y no solo ella, mas el mismo mar, tan inmenso, tuvo este respeto, que entonces atado iba. Y si yo (dice este santo) me hallara en aquel tiempo, me abrazara con las cadenas y lazos, y las pusiera en mi seno y las besara por momentos; lazos con que por mí Dios y Señor estuvo atado. Y si tuviera libertad y licencia de los cuidados de mi Iglesia, y fuerzas en este cuerpo flaco, no reparara ni dudara de ir á solo ver aquellas santas cadenas, y el lugar donde estuvo preso y atado con ellas. Y luego mas abajo dice: También Pedro fué honrado con la cadena, porque con estar atado y entregado á las guardas, era con tanta paciencia, que dormía profundamente sin cuidado ni turbación, hasta que el ángel, hiriéndole en el lado, le despertó. Si aquí me dijese alguno, cuál quisiera mas ser, Pedro preso ó el ángel

que le recordó, yo digo que Pedro mas que el ángel que descendió, por poder gozar de las prisiones. Hasta aquí son palabras de san Juan Crisóstomo, en que se descubre y da bien á entender la excelencia y dignidad desta virtud.

La segunda excelencia es, que es á veces mas poderosa que los milagros; esto puede entenderse de dos maneras: la una, que sea mas poderosa para con Dios, ó que lo sea para con los hombres. El primer sentido es, porque los milagros son don de Dios, por el cual quedamos de todo en todo obligados á aquel de cuya mano le recibimos; pero la paciencia, aunque vino también de su mano, deja á Dios obligado con lo que por su nombre padece el que la tiene; mayormente que (como en el libro siguiente diremos) es gloria de Dios el padecer por su nombre; y aun de aquí es, que lo es también del mismo que padece, porque ve en sí la gloria del amigo, que es, como los filósofos dicen, otro yo, y de ahí redonda la gloria en el que padece. De manera que en este sentido es la paciencia mas que los milagros; que es decir que mas querría yo de mano de Dios trabajos y paciencia para sufrirlos por él, que gracia y poder de hacer milagros, aunque lo uno y lo otro es y sea para gloria suya; y mas querría parecer delante de su divina Majestad habiendo padecido por su amor muchos trabajos, que habiendo en esta vida resplandecido por muchos milagros.

El segundo sentido sea, que tiene la paciencia para con los hombres mas fuerza á veces que los mismos milagros: tan grande lo es ella en sus ojos. De aquí decía san Pablo que las señales de su apostolado, esto es, de su predicación, con que persuadía á los infieles al Evangelio, eran mucha paciencia y milagros, donde pone en primer lugar la paciencia, como la que con mas fuerza convertía á los oyentes. Y conforma con esto lo que Salomón dice, que la doctrina del varón se conoce qué tal es y cuán verdadera, por la paciencia del que la enseña. En este sentido declara Beda este lugar, cuyas palabras son: La doctrina eclesiástica cuán perfecta sea, la paciencia del que la enseña lo muestra; porque en estimar menos el morir que el dejar de predicarla, muestra cuán saludable era la doctrina que á tauta costa y riesgo defendía. Y en el mismo sentido lo entienden otros muchos. El mejor ejemplo que para esto se puede traer es el del maestro de la paciencia, Jesucristo, nuestro redentor, de quien san Agustín dice que por esta razón, requerido estando en la cruz que bajase della, prometiéndole si lo hiciese que crearían en él, que era lo que desde su nacimiento pretendió con su doctrina y ejemplo, milagros y pasiones, y con la misma cruz, nunca quiso; porque en aquel paso (dice este santo) hacia mas hacienda para alcanzar este fin padeciendo que bajando aun milagrosamente. Y dice san Agustín estas palabras: Porque allí enseñaba la paciencia, por eso dilataba la omnipotencia. Y fué este medio de tanta fuerza, que por él, ó principalmente por él, se convirtió el buen Ladron, con ser tan gran pecador, por ver al Redentor padecer con tanta paciencia siendo tan inocente; el cual ejemplo es admirable para que todo el mundo mire con atención y se convierta, pues un hombre tan malo, como aquel había sido, se convirtió con

él, no habiéndose convertido antes con tantos y tan poderosos milagros como de Cristo había visto y oído. Justino mártir, preguntando en su martirio cuál había sido el mayor milagro que Cristo hizo, respondió: La paciencia con que sufrió lo que yo sufro. De aquí es lo que Tertuliano dice, hablando con los fariseos de la paciencia del Redentor: En esto, ó principalmente en ello, debiéradles, oh fariseos, de conocer al Señor, porque tal y tanta paciencia como aquella ningún hombre puro la pudiera tener. Así que era, según este doctor, argumento la paciencia de su divinidad, como lo fué al demonio la que le vió tener la noche de la pasión, juzgándole por ella por mas que hombre, cuando procuró con la mujer de Pilato estorbar la prosecución de la redención, y atajar las pasiones que él había puesto en los corazones de los que la causaban; lo cual él no suele hacer en semejantes casos, sino antes atizalla. Y está claro que lo que la doctrina, inocencia y santidad ni los milagros no habían podido persuadirle, sola la increíble paciencia en tantos y tan grandes males bastó para persuadirle que era verdadero Dios; en lo cual se ve la razón que Tertuliano tiene contra los fariseos, pues se convence ser mas ciegos y duros que el mismo demonio. Y aun san Juan Crisóstomo dice á este propósito que cuando lanzó el Señor el demonio, y quiso persuadir al principio que por virtud divina, y no por pacto del demonio, habiendo dado tantas razones para esto, dice que la mas fuerte de todas fué la paciencia con que sufría tan graves injurias y enseñaba la verdad de aquel milagro.

La tercera excelencia desta virtud celestial es un efecto maravilloso que, entre otros, tiene, que es tan grande alquimista, que con divina y secreta virtud, no solo es fuego que purifica el oro de las buenas obras, pero muda la injuria en beneficio y gloria, la infamia en honra, los trabajos y penas en consolación y contento. Buen ejemplo es la que tuvieron los mancebos de Babilonia, que, como san Crisóstomo dice, en comenzando á padecer desbarató Dios el fuego, que, no pudiendo sufrir la fuerza de su paciencia, salió con gran violencia del horno y abrasó á los caldeos que le atizaban; de manera que, por virtud de la paciencia de los siervos de Dios, el horno se hizo templo en que le alabasen todas las criaturas, y en su nombre aquellos santos mozos; los cuales, convidándolas, comenzaron á entonar aquel cántico glorioso: Bendecid todas sus obras al Señor, alabable y ensalzable para siempre. El fuego se convirtió en suave rocío; del tirano hizo un predicador del poder y bondad de Dios, que por sus editos mandó que todo el mundo confesase, que ninguno puede librar de trabajos y peligros, sino el Dios de Sidrac, Misac y Abdenago, y que ninguno dijese palabra contra él. Grande alquimista es la paciencia, pues hace tan maravillosas transmutaciones; lo cual dejó dicho el Redentor á sus apóstoles: El mundo se alegrará, vosotros os melancolizaréis; pero vuestra tristeza se volverá en gozo. No dice que se acabará la tristeza, y que tras della vendrá el gozo, ni que dará orden con que se acaben los trabajos solamente, sino que se convertirá en gozo, que es una de las mas maravillosas alquimias que se pueden pensar. El salmo dice que convierte la piedra sequisi-

ma (que tal es la que allí dice) en estanques de agua; que no solo la sacó della, sino que en ella convirtió su sequedad; porque dos veces acaeció el milagro, una en Rafidin y otra en Cades. Y pues tan natural cosa es amar los hombres sus contentos, y desechar penas y trabajos y melancolias, ¿cómo no hacen un gran caudal de paciencia para vivir siempre contentos y con descanso, pues en este convierte ella aun los trabajos mismos? Y pues son tambien tan amigos de su interese, ¿cómo no procuran esta virtud, que las injurias y daños de los adversarios convierte en inestimables beneficios? Destos cuenta algunos san Juan Crisóstomo sobre san Mateo, después de haber dicho, que está en nuestra mano hacer de injurias y agravios pena y dolor para el que los hace, y para nosotros provecho y gloria si sabemos tener paciencia, y al revés si no la tenemos; concluye diciendo así: No digas, deshórrime, ha usado contra mí de calunias, hízome otros muchos males y daños, porque cuanto mas dijeres tanto mas le publicas por bienhechor, pues te dió ocasion de lavar tus pecados. Luego, cuanto mayores injurias y daños te hizo, tanto de mayor remision de pecados fué autor; porque, si queremos, en nuestra mano está que nadie nos pueda injuriar, antes nos será de gran provecho los enemigos. Y ¿que digo hombres? Qué cosa peor que el diablo? Y deste tenemos gran ocasion de provecho y de caridad, como Job lo muestra, á quien el diablo fué ocasion de tantas coronas. ¿Por qué te espanta el hombre, tu enemigo? Ruégote que mires cuánto ganas sufriendo con paciencia las insolencias de los que te quieren hacer mal. Lo primero y principal, absolucion de pecados; lo segundo, paciencia y sufrimiento; lo tercero, mansedumbre y clemencia; porque quien contra sus perseguidores no sabe enojarse, mucho mas será manso y fácil para los que le aman; lo cuarto, un alma sincera y libre de ira y furor, cosa que no tiene igual en la tierra; porque el que vive libre de ira, sin duda lo vive de la tristeza que della suele nacer, y así no gasta su vida en vanos trabajos y dolores; porque el que no sabe tener enemistades, tampoco sabe qué cosa son melancolias; antes goza de infinitos bienes y perpetua paz y contentamiento. Hasta aquí son palabras de san Juan Crisóstomo.

La cuarta excelencia desta virtud es que el premio y gloria que se da por la virtud se mide por la paciencia y con el trabajo padecido con ella, que la virtud trae consigo. Bien bastará para ensalzar esta virtud con nueva excelencia decir lo que atrás della se dijo, que es madre ó madrina de las virtudes; pero pasa adelante san Juan Crisóstomo en una carta que escribe á Olimpia, donde dice que se atreve á decir una cosa, que, aunque excede á la opinion de muchos, no excede á la verdad; y esta es, que aunque uno haga una obra magnífica y excelente, si la hace sin trabajo ni peligro, no llevará por ella mucho galardón; porque este se pesa conforme á la dificultad y trabajo con que la obra se hizo, pues que está escrito que cada uno llevará y recibirá el galardón, según la medida de su trabajo. Trae este santo dos ejemplos, que declaran esta doctrina: el uno es de san Pablo, que se gloria no de haber hecho milagros ni cosas grandes y convertido muchas gentes, sino del trabajo y con-

tradicion con que las hizo y que en ellas padeció. Son ministros (dice) de Cristo (hablo como menos sabio), mas lo soy yo. Y para probar esto, no dice que predicó muchos sermones ni á muchos pueblos, ni que convirtió, ni que bautizó ni que gobernó; solo comienza á contar los males que sufrió, diciendo: En muchos trabajos, en plagas sobre manera, mucho padecí de cárceles y mazmorras; cada dia peligros de muerte, cinco veces fui azotado de los judíos con el mayor rigor de la ley, tres veces fui azotado con varas, otras tres padecí naufragio en la mar, un dia natural estuve en el golfo del mar; en los caminos padecí muchos peligros de rios y de ladrones; peligros de judíos y de gentiles, peligros en la ciudad, peligros en la soledad, peligros en la mar, peligros de falsos cristianos, padeciendo siempre hambre, sed, frio y desnudez; y sobre todo esto, que cae por de fuera, padecia el cuidado y congoja que continuamente traia en el alma por el bien de todas las iglesias. No dice el gobierno ni la correccion, sino el cuidado, congoja y solitud, y mas lo que se sigue; que todo es contar, no obras admirables, como eran las que san Pablo hacia, sino penas trabajosas y afliciones interiores y exteriores, y destas se gloria; y acaba con que, si conviene ó tiene licencia ó necesidad de preciarse ó gloriarse, lo hará de sus flaquezas y enfermedad. Y el otro ejemplo que trae es del rey Nabucodonosor, que después de haber visto aquel famoso milagro con que Dios libró á aquellos tres mozos de su fuego, se hizo predicador del gran poder de Dios, y mandó por sus editos públicos y generales, que nadie pusiese lengua en el Dios de Sidrac, Misac y Abdenago, so pena de muerte y perdimiento de bienes; porque solo él es todopoderoso y él solo es Dios, que tan poderosamente puede librar á los suyos. Dice ahora san Juan Crisóstomo: Este es oficio de apóstoles; ¿no veis la doctrina, las letras y provisiones repartidas á todas partes, la alteza de la predicacion? Pues veamos: ¿ha de tener Nabucodonosor igual galardón que los apóstoles, pues ha predicado la virtud de Dios como ellos? No por cierto, sino mucho menor. Verdad es que el mismo oficio hizo que ellos hicieran, mas no veo en este rey trabajos ni contradicciones, sino poder y seguridad con que esta obra hizo; pero ellos con resistencias, contradicciones, con empellones, sufriendo miserias, trabajos, azotes, hambres y persecuciones, despeñados, ahogados, muriendo mil muertes cada dia, sintiendo en el alma el escándalo de los nuevos y flacos, aunque no faltaban en retorno consuelos y esfuerzos del cielo; pero era necesario predicarse por este camino, porque cada uno según su trabajo ha de ser premiado. Y añade: ¿Qué es la causa que, rogando san Pablo á Dios le quitase aquel mal ángel que le fatigaba, no quiso sino esta? ¿Cómo pudiera tener ni alcanzar la gloria que ahora tiene, si aquel oficio de la predicacion de las gentes le hiciera holgando y con regalo y contento? Hasta aquí son palabras de san Juan Crisóstomo.

De aquí se entiende cuán descaminados andan y engañados, no solo los que huyen los trabajos buscando vida regalada, y en buscarla la gastan toda, que eso ciego es quien no lo ve, y aun no hay ciego que no lo vea, y ellos mismos, aunque ciegos, no pueden negar-

lo, aunque no quieren dejarlo, sino aun los que tratan de servir á Dios y ser gente virtuosa y espiritual, guardando sus mandamientos, y procurando allende dellos hacer alguna obra de virtud; cuando procuran hacer este, salvo cuanto pueden su descanso y regalo, y huyendo cuanto es posible del trabajo; y así, hacen limosna de lo que no les da pena ni les ha de hacer falta, lo podrido y lo que no es de provecho, para que no les duela el darlo; oyen misa tarde, y en iglesia vecina, fresca y regada, y la mas breve misa que se puede hallar; el ayuno sin hambre ni pena, previniendo el estómago del dia antes, comiendo de suerte que menos se sienta; truecan las obras penales que ó por precepto ó consejo son encomendadas, como oracion, ayuno y disciplina, en cosas que menos lo sean. Porque, si es verdad lo que san Juan Crisóstomo dice, todo esto no es sino buscar aquí por dónde lo que de suyo vale mucho, valga menos delante de Dios, pues se ha de medir su valor con lo que en ello se padece, y ellos padecen poco y lo procuran. San Ambrosio dice sobre un salmo: No es grande cosa si entonces no te desvies ni tuerzas de la ley de Dios, cuando ninguno te aflige, ninguno te persigue; porque ¿quién hay que sin ofensa sea ingrato, cuando las cosas suceden prósperamente? Quién hay que cuando anda sobrado en riquezas, cuando goza de robusta salud, se olvide de dar gracias á quien le ha hecho estos beneficios? Hasta aquí san Ambrosio. San Agustin, sobre aquellas palabras del Apóstol, *Humanum dico, etc.*, trata cómo la perfeccion de la virtud es el no temer, sino sufrir por ella.

Lo segundo se sigue de lo dicho que si eres casto, hermano mio, mires si lo hace que eres enfermo ó viejo, y que por eso tienes poca tentacion y pelea; y si no sientes el ayuno, no lo haga tu complexion; si no tienes con tu hermano enojo ni enemistad, no lo haga la falta de ocasiones, y de aquí sea menos el merecimiento. Porque si esa facilidad te nace de buena y antigua costumbre, como al religioso que peleando y sufriendo venció la mala, todo su valor se tiene la obra, en virtud de la dificultad pasada y la paciencia con que se padeció, y padeciendo se venció; y así se ha de entender san Juan Crisóstomo. Pero cuando no viene sino de tu flojedad y regalo (como está dicho), por el cual huyes el trabajo de la virtud, conviene, no solo no sacudirte del trabajo de las buenas obras, mas buscar las dificultades y ásperas y pedir las á Dios con su favor, para vencer su dificultad, y llorar y gemir cuando Dios no las envia; porque aunque Dios es tan bueno, que no aflige al hombre mas de conforme á sus fuerzas (como adelante se dirá); pero, pues estas mismas reparte Dios como es su voluntad, eso mismo has de llorar y gemir, que seas tan para poco y tan indigno, que te dé Dios tan cortamente las fuerzas y en qué emplearlas; pues esto no nace de ser Dios envidioso ni avariento de lo que tan rico es, sino de tu tibieza y flojedad, con que sabe que usarás mal de lo uno y de lo otro, y te perderás. Y por el consiguiente se sigue cuán consolado debe vivir y cuántas gracias debe dar á su Dios el que de fuertes enemigos se ve combatido interiores y exteriores, pues con el favor de Dios, el cual debe por momentos pedir y esperar con hacimiento de gracias, tiene dentro en su casa

y en su alma una tan rica mina de gloria y galardón, de donde en tan breve tiempo como el desta vida puede hacer muy gran caudal de bienaventuranza, agradando á su Dios y imitando á Jesucristo su cabeza. En confirmacion de lo dicho, dice el bienaventurado san Gregorio, en los *Morales*, que los prescitos muchas veces desean lo bueno, pero vuélvense á los males de su costumbre; quieren ser humildes, pero sin que los desprecien; pobres, pero sin que les falte nada; castos sin macerar la carne; pacientes sin injurias; así que cuando quieren alcanzar las virtudes huyen sus trabajos. Y estos, ¿qué otra cosa desean sino el triunfo de la guerra en las ciudades, no habiendo experimentado su trabajo en las campañas? Y san Jerónimo en las epístolas: Ojalá (dice) todo el mundo me huelle, solo porque merezca ser loado de Cristo, y juntamente el premio que él promete. Y escribiendo á Eustoquio dice: ¿Cuál de los santos fué coronado sin batalla? Solo Salomon pasó en deleites su vida, y quizá por eso cayó.

DISCURSO IV.

De otras excelencias desta virtud.

Son tantas las excelencias con que esta virtud convinda y enamora los corazones de los hombres, que, aunque mas queremos abreviarlas y encogerlas, nos fuerzan á repartirlas en mas de un discurso, contra el intento que llevaba de no hacerlos ni largos ni dos que de una mesma cosa tratasen; pero aquí la grandeza desta virtud y la fecundidad de su materia me hacen trocar intento y mudar las trazas deste libro.

Una de las mayores destas excelencias desta soberana y celestial virtud es, que sola ella es el toque del hombre virtuoso y siervo de Dios, y del que se puede llamar devoto y buen cristiano; de suerte que, aunque un hombre de sí ó de otro tenga las prendas que quisiere, no se puede prometer ni asegurar que es virtuoso, hasta que la experiencia le enseñe que es sufrido. El Sabio dice que ninguno sabe si es digno del amor y gracia de Dios, que es decirnos lo que la santa fe católica nos enseña y manda creer, que ninguna certeza podemos tener mas que humana, si estamos en gracia de Dios; lo cual ordenó nuestro Dios por traernos recatados, y con cuidado de obrar nuestra salud con temor y temblor, como el Apóstol dice; pero para nuestro consuelo y para que con alegría le sirvamos, quiso dejarnos algunas señales ó conjeturas, con que sepamos, ya que no con certeza, á lo menos con algunas vislumbres ó conjeturas si estamos en su gracia; y aunque pudiéramos decir aquí todas las que son; pero, por no ser á propósito, solo digo, que la mayor ó una de las mayores y mas ciertas es la paciencia en las adversidades y trabajos; porque, aunque un hombre sea ayunador, rezador, limosnero, recogido, compuesto y mortificado, todas estas cosas juntas no hacen tanta fe de la virtud del alma como la paciencia en un trabajo. Decia Moisés al pueblo: Hate Dios traído por el desierto cuarenta años para afligirte, y mediante la aflicion, tentarte y probarte, para descubrir todo lo que hay en el secreto de tu corazón, si guardabas ley ó no. Así se prueba la espada, cuando la doblan juntando la punta con la guarnicion, si